

# Intervención apresurada y sobre todo muy modesta

Francisco Caudet

## RESUMEN:

El presente trabajo explica cómo el pacto de silencio de la transición contribuyó a la marginación de la producción literaria del exilio republicano y plantea que la recuperación de aquel patrimonio cultural es condición previa para su historización. A continuación propone algunas estrategias críticas para realizar esa aproximación a la literatura exiliada, tales como la interdisciplinariedad, la superación de los prejuicios ideológicos o la dialogización del exilio.

**Palabras clave:** Exilio republicano; Literatura española; Siglo XX; Historia de la literatura.

## ABSTRACT:

The present text explains how the Transition pact of silence contributed to the marginalization of the Republican exile literary production and it outlines that the recovery of that cultural patrimony is a precondition for its historicization. Then it proposes some critical strategies for this, such as a multidisciplinary, the overcoming of logical prejudices or the dialogisation of the exile.

**Key words:** Republican Exile; Spanish Literature; XX Century; History of the Literature.

Dadas mis limitaciones en la materia que nos reúne en este Seminario, pondré el énfasis, en una serie de cuestiones que considero preliminares al debate metodológico. Acaso en esto consista lo que yo pueda aportar al debate.

Empezaré recordando un artículo mío, aparecido en *Ínsula* en 1999, donde al hilo del verso de Arturo Serrano Plaja, “Mirando en la memoria las señales...”, hice unas reflexiones sobre el exilio. Ese verso se me antojaba entonces más fructífero, y más cargado de sentido y de razón, que ese otro verso, “Hacer de olvido un pacto a la

memoria”, de la «Elegía a la ausencia de la Patria» de Enríquez Gómez —verso que ha recordado recientemente Claudio Guillén en *El sol de los desterrados: literatura y exilio*—. Esta última opción —pactista, posibilista— no puede ser la única opción. Porque si esa es la única opción, estamos nuevamente ejerciendo una forma de violencia, en este caso contra la memoria. El pacto, el olvido, es una falsa opción porque destierra el derecho y el deber que toda nación y su ciudadanía tienen de reconstruir su pasado. Un derecho y deber que se conjugan perfectamente con la praxis sociopolítica de construir el presente y el futuro sobre unas bases debidamente cimentadas. Paul Valéry había escrito en una ocasión: “Lo que más me llama la atención del acto de recordar no es el que repita lo ya ocurrido sino que sirve de alimento al presente”. Y John Berger, en *Ways of seeing*, afirma: “The past is not for living in; it is a well of conclusions we draw from in order to act”.

Tuñón de Lara, en su «Última clase magistral», pronunciada en junio de 1991, poco antes de jubilarse de la Universidad del País Vasco, decía:

“Voy a terminar recordando lo que para los historiadores es obiedad: la definición de Bloch que «la historia es la ciencia del devenir de los hombres en el tiempo, que viene de ayer y va hacia mañana», como nosotros en nuestra sociedad venimos del ayer y vamos hacia el mañana, y para pensar en el mañana tenemos también que pensar en el ayer, conocer el ayer. Y necesariamente para eso los pueblos se ven obligados a recuperar su memoria colectiva cuando ésta, como ha habido casos, les ha sido arrebatada, ocultada o falsificada. Nosotros hemos pasado por eso como otros pueblo, como el pueblo alemán, como ha pasado con los países del Este, etc.”

No ha sido ése el camino que se ha seguido por estos pagos nuestros. Es más, todo parece apuntar que el Estado ha optado por la desmemoria y la desinformación sobre el pasado de España y que se trata de dos estrategias que cuentan con el beneplácito y el apoyo de los poderes políticos y fácticos. El Estado y esos poderes han tenido desde 1975 hasta estos momentos actuales la firme voluntad de servirse de la desmemoria y la desinformación sobre el pasado de España —las Autonomías se han alineado todas a su modo y manera con el Gobierno central— para evitar que la ciudadanía y sus representantes actúen en función de las enseñanzas que se debería haber sacado del ayer.

Todo ello supone para este país un déficit muy grave. Un déficit que se revuelve ya, y lo hará aún más en el futuro, como un bumerán contra el discurso oficial, últimamente tan soberbio, tan prepotente, tan triunfalista. Y también, como en el caso

de quienes han gobernado desde 1975 —da igual las siglas de los partidos—, tan cegato, tan mezquino y tan oportunista...

A menudo me pregunto: ¿a qué se deberá la atracción que siente este país por vivir al filo de la navaja, siempre a un paso del precipicio...?

¿Cuándo se impondrá el principio de que sumar es mejor que restar o dividir?  
¿Cuándo se impondrá la norma de la razón cívica, que debería ser la razón de Estado?

Tal vez tarden tanto en aflorar esas para mí anheladas pautas de conducta nacionales porque, entre otras cosas, se pasa por alto demasiado a menudo que no hay una relación directa entre el crecimiento económico que se inició a finales de los años sesenta y un cambio profundo de mentalidades que permita hablar de un verdadero proceso de modernización de las viejas estructuras y comportamientos políticos y sociales. Grave error es establecer esa relación como suele hacerse, desde hace ya unos cuantos años, en España. Lo cual es una manifestación más de que aún domina el discurso del franquismo residual que ha ido enmascarando su nacional-catolicismo con los ropajes de una democracia formal que no ha mucho algunos, en primer lugar el actual Presidente, no aceptaban.

Digan lo que digan los voceros de turno —tenemos monarquía sin corte pero tenemos historiadores, periodistas y creadores de opinión pública cortesanos—, el franquismo fue un fenómeno con una estrecha conexión con determinados grupos sociales y representaba una ideología unos intereses muy concretos. Si se indagaran cuáles fueron las relaciones de causa/efecto entre el franquismo y las fuerzas sociales, políticas, económicas y religiosas que se amalgamaron y escudaron en torno al Caudillo, mi apuesta es que se llegaría a la conclusión de que esas fuerzas han sido las que han protagonizado la transición. O dicho, en lenguaje popular, son esas fuerzas las que se han llevado el gato al agua.

Sectores importantes de los partidos políticos de la Segunda República tienen su cota de responsabilidad en este presente español, y la tienen porque también tienen su historia, su pasado. No nos llamemos a engaño. Esa responsabilidad culpable tiene una larga historia, un largo pasado. El pactismo se remonta a muchos episodios de los años de la República, a las luchas internas durante la guerra, a la entrega de Madrid en marzo de 1939, al complot de republicanos y prietistas contra el Dr. Negrín en la inmediata posguerra, a los contubernios de Indalecio Prieto con don Juan, a..., bueno, la lista es demasiado sabida y demasiado larga para repetirla aquí. Una lista de errores sobre errores a los que hay que sumar crímenes de gravísimas consecuencias. Como

fue el expolio del *Vita* por Prieto que envenenó la vida política de los exiliados y permitió el triunfo del ala socialdemócrata del socialismo. Negrín, y lo que representaba, fue borrado. Hablando de olvidos, ¿acaso no es Negrín el gran olvidado, alguien a quien los exiliados socialistas del prietismo, ala del socialismo que ha sido el sostén del PSOE del interior, decidieron borrar de la historia?

Sí, el problema principal que tenemos hoy es un problema metodológico. Existen ya muchos y muy valiosos estudios sobre el exilio. Merece los mayores encomios la labor desarrollada por el GEXEL. Hay que destacar, entre sus últimas actividades, la serie de Congresos que bajo sus auspicios se celebraron a lo largo del año 1999. De esos Congresos se han publicado y se están publicando las actas. También debemos al GEXEL la creación de la Biblioteca del Exilio.

No todos son motivos, pues, para el desaliento... metodológico.

Pero se quiere ya, a estas alturas, empezar a plantearse, lo que me parece muy acertado, una metodología más científica, más apropiada para el estudio del exilio.

Empezaré por lo más obvio: no hay un método de estudio; hay, en todo caso, métodos. Se me dirá que para eso nos hemos reunido, para hablar de métodos. De acuerdo, hablemos de métodos. Pero, permítanme que antes les exprese mi temor de que el método y/o los métodos que se abran camino lo más probable es que choquen y que sigan por mucho tiempo chocando con muchos obstáculos, lo cual se debe y deberá a algunas de las causas que, hasta aquí, he ido reseñando a vuela pluma.

Con todo, voy a intentar esbozar algunas consideraciones que lo más seguro es que no van a ser más que unas meras estrategias críticas, aunque, me apresto a señalar una vez más que no soy la persona más indicada para ocuparme de estos menesteres. Lo que quiero decir es que no soy teórico, pero tal vez —inmodestia aparte— mi praxis crítica incluya de manera no articulada, un método. De ahí, de ese venero no articulado, intentaré articular siete puntos de vista que sirvan, como confío, para abrir un debate.

1°. Es preciso partir del principio de que el estudio del exilio exige, más que ningún otro tema, la interdisciplinariedad. No hay una sola disciplina capaz de estudiar por sí sola el fenómeno del exilio.

Restringir el estudio del exilio, como se ha solido hacer, al análisis de sus obras literarias artísticas, o científicas, ha sido y es un grave error. Se explica porque somos de ese gremio. Pero el exilio es más, mucho más, que literatura, arte o ciencia.

Porque fue exilado de España un proyecto de país. Un proyecto plural que era

compartido por amplios sectores de la sociedad española. Ese proyecto es lo que debe reconstruirse. Y para ello hay que escuchar muchas y muy variadas voces.

Esa historia ha quedado silenciada en documentos, de diversa índole: epistolarios, memorias inéditas, fotografías, libros de cuentas, etc. etc., que deberían —es nuestra tarea más urgente— salvarse.

Tenemos que establecer, en estos momentos, unas prioridades. La primera es —insisto— crear una suerte de Biblioteca de la Memoria del Exilio.

Esa Biblioteca debería reunir libros que recogieran esa Memoria. Hay numerosas bibliotecas de Ateneos y agrupaciones republicanas y también bibliotecas privadas que se van a perder, y deberían salvarse. Aprovecho para romper una lanza en favor de la historia oral. Se han hecho cosas importantes en este campo. Se podía haber hecho más porque los testigos han desaparecido casi por completo. Lo hecho, en cualquier caso, tiene un valor arqueológico de una extraordinaria importancia. Su análisis requiere, exige, pide a gritos, una metodología que permita sacar de esas fuentes incompletas el máximo provecho.

De lo mucho bueno —voy a ahorrarles la enumeración de lo malo— que me ha pasado en mis ocho meses en la dirección del Cervantes de Chicago, está en primer lugar el Art Institute de Chicago. La magnífica colección de pintura impresionista de ese museo ha sido, en su práctica totalidad, donada por particulares.

Ese espíritu nos falta como nos sobra proclividad al cantonalismo. Uno tiene que ir al Ateneo Republicano de México para consultar el *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles*, a Ávila para leer unos papeles de Claudio Sánchez Albornoz, al Puerto de Santa María para cotejar unos poemas de Alberti, a Segorbe para ver una primera edición de Max Aub... Bueno, al menos, en esos y en otros casos, se ha conseguido salvar legados de una enorme importancia.

Pero no es siempre la manera más adecuada ni la más profesional —y por ello, la más segura— para conservar el patrimonio cultural.

2º. El estudio del exilio debe llevarse a cabo sin anteojeras ideológicas. El exilio tiene una historia tan compleja como pueda serlo la historia del franquismo. Su complejidad admite solamente paralelismos colaterales con el franquismo. Pero esos paralelismos existen y han de ser estudiados. Les voy a recordar estas palabras de Amaro del Rosal: “El primer [golpe contra la República] fue el de Franco, el segundo el de Casado y el tercero el de Prieto...”. Dos a uno. Como para echar ese resultado en saco roto.

Si aquí se hubiera sabido un poco de historia, difícilmente se habría podido levantar la bandera —¿recuerdan?— de cien años de honestidad, etc. etc.

Y esto ya es meternos en polvos y lodos. Pero, hay que hacerlo.

3°. Me mantengo firme en mi tesis de la necesidad de dialogizar el exilio. Sobre este tema ya he hablado aquí, en la Universidad Autónoma de Barcelona, en el Primer Congreso sobre el exilio. Esa ponencia la convertí en el capítulo X de mi *Hipótesis sobre el exilio*. No voy a volver sobre mis argumentos. Me limitaré a recordarles que Ángel Viñas advertía ya en 1983, en el prólogo a *La oposición política al franquismo* de Hartmut Heine, sobre los peligros de continuar teniendo una visión mitificada, y por tanto distorsionada, del exilio. En ese prólogo escribía Ángel Viñas:

“Los mitos no abundan sólo en la derecha. Un mérito innegable del presente libro es el demostrar cómo los errores de percepción y gestión, el peso de las divisiones del pasado, la pugna entre los líderes de los vencidos en la guerra civil, las ilusiones del exilio y las reyertas de personalidad contribuyeron, entre otros factores, a potenciar las consecuencias derivadas de la contraposición de intereses, aspiraciones y métodos de los partidos que dieron soporte a la República derrotada.

4°. El exilio es una subcultura que difícilmente se integra en la cultura del país de acogida. Este principio, que exige estudiarse tomando en cuenta todas sus variantes, ha de contribuir a rebatir las idealizaciones y tergiversaciones que han entronizado los conceptos de transtierro o el supuesto de que hay una identidad sin fisuras de lengua y cultura entre España y las repúblicas de habla castellana.

La antropología y la psiquiatría, así como la sociología y el estudio de las mentalidades, son herramientas imprescindibles para el estudio del exilio. Hay que incorporar, por tanto, a los equipos que se ocupan principalmente del exilio literario especialistas de otras disciplinas.

5°. El estudio del exilio exterior no puede mantenerse segregado del estudio del exilio interior. El tema añade una nueva complejidad al estudio del exilio, que, como decía mas arriba —punto 2—, está estrechamente relacionado con la historia de la España franquista.

Una España que pervive de muy diversas formas y maneras. Un ejemplo. Hace un par de años intenté publicar en Barcelona un informe inédito sobre la caída de Cataluña, un informe de un periodista republicano que localicé en la Hoover Institution de Stanford, y se me dijo que no era conveniente su publicación. No con-